

Seguramente sin saberlo De Bonald definía claramente a Madame Staël cuando escribía, irónicamente: "Con más conocimiento del corazón humano sabría que la añoranza de lo que se ha perdido provoca pasiones mucho menos vivas que el temor de perder lo que se posee." Hoy, a trescientos años de su nacimiento, sabemos que Germaine Necker, la hija del ministro de finanzas de Luis XVI, más tarde casada por breve tiempo con el barón de Staël-Holstein, vivió, si bien burguesamente, de este amor desgraciado que caracterizaba a los trovadores de Provenza y a aquellos que ella misma llamó "románticos". Mucho más cerca estuvo su vida, mucho más también su obra de perder posesiones que de añorar mundos perdidos.

Vida y obra. Madame de Staël, como muy pocos, hizo de ambas una sola obra de vida. Es en este sentido muy preciso que se proyectaba, sin esconderse, cuando escribía que "la primera condición para escribir es una manera de sentir viva y fuerte". De la misma manera se proyectó Germaine Necker en sus dos novelas: *Delfina* y *Corina*. En la primera nos encontramos con una muchacha llena de bondad —la "bondad" naturales en Madame de Staël tanto tema propio como heredado de Rousseau— cuyos actos externos, en apariencia depravados y en el fondo altruistas, la alejan de Léonce de Mondoville y la conducen al encierro del convento. En *Corina*, su mejor no-

junta de sombras



vela, volvemos a encontrar un argumento parecido. Poetisa italiana, de gesto libre y naturaleza moral, Corina se enamora de un joven inglés; pero la libertad misma de Corina hace que su amante la abandone y que ella muera de dolor y de tristeza. Podría pensarse que se trata de dos novelas donde predomina la cursilería. Y ésta predominaría, en efecto, si nos atuvieramos a la opinión de algunos críticos y viéramos en las novelas de Madame de Staël tan sólo intenciones de reivindicación feminista y ejemplos moralizantes. De hecho hay en ellas precisamente lo que, sin saberlo, notaba De Bonald: el doloroso sentimiento de un amor que se

aleja y que al alejarse lleva a cadena o muerte; el perder posesiones todavía no poseídas.

Pero si el espíritu de Madame de Staël se manifiesta parcialmente, en lo que tiene de romántico, dentro de sus novelas, se manifiesta con mayor amplitud y más pausada respiración en sus ensayos críticos: *De la literatura*; *De Alemania*.

Educada en el espíritu de positividad que aprendió de Grimm y de Buffon en los salones de su madre, Germaine Necker trató de explicar la literatura mediante las leyes del progreso que Montesquieu aplicó al análisis del "espíritu de las leyes"; como nadie en su época percibió la importancia de las letras alemanas, libres por la independencia en que vivía cada uno de los estados de Alemania; profundas por una cierta tendencia natural de los alemanes hacia lo que ella llamaba "poesía del alma", poesía y alma que sin duda existían en Goethe, Schiller, Schlegel, todos ellos comentados en *De Alemania*.

Pero si Madame de Staël es importante como crítica y teórica de una poesía alemana viva y de una nueva poesía que, enraizada en Rousseau y en Goethe, prevé ya futuro inmediato para Francia, lo es sobre todo por su concepto integral de la literatura y del arte. Este concepto se funda en la idea vivida de una "fuerza moral" que "tiende siempre hacia la verdad". "Si oponemos las facultades del hombre, si oponemos el sentimiento, la imaginación y la razón estableceremos en el interior mismo del hombre una división semejante a la que, debilitando los imperios, hace más fácil su esclavitud." ¿En qué consiste este sentimiento moral? Como Chateaubriand, dos años más joven que ella, Madame de Staël ve la posibilidad de unir fantasía y razón, corazón y cabeza, en el "genio del cristianismo". Así Corina, es decir, la propia Germaine Necker, dice en la novela: "¡Cómo amo lo inútil!... inútil si la existencia no es sino un duro trabajo para una ganancia miserable. Pero si estamos en esta tierra camino al cielo, ¿qué mejor que elevar suficientemente nuestra alma para que sienta lo infinito, lo invisible y lo eterno en medio de todos los obstáculos que la rodean?" La esencia del cristianismo es, románticamente, sentimiento; pero es, para Madame de Staël —ilustrada, enciclopedista y ya definitivamente lanzada al espíritu del siglo XIX— pasión, fugacidad, huida, vida de paso: "Todo lo que en esta tierra hay de bueno y sublime está con nosotros poco tiempo." Y Madame de Staël, la mujer que no encontró el amor en esta tierra, la que acaso lo pospuso para mejor encontrarlo, la que escribía de manera "viva y fuerte", encontró en Corina, espejo de sí misma, la vida que sintió y vivió como su verdad: "Dejadme que confunda amor, religión, genio y los perfumes y la música y la poesía; solamente hay ateísmo en la frialdad, el egoísmo y la baja.".

